



Intercátedra

Revista académica de I-educativa

Editorial del Instituto de Investigación
para la Innovación Educativa



I-educativa

Editorial del Instituto de Investigación
para la Innovación Educativa

ENSAYOS Y REFLEXIONES

Vol. 1 · Núm. 1 · Octubre de 2025

El arte de habitar la escena

La construcción del ser mediador desde una práctica situada, ética y reflexiva

Dra. Flavia Lorena Pereyra

Abogada, mediadora prejudicial y comunitaria (Mediadora STJER N° 0345), especialista en Mediación Familiar, coach ontológica profesional (AACOP–FICOP), docente capacitadora en Métodos de Resolución Pacífica de Conflictos

Resumen

El texto propone pensar la mediación no como aplicación de técnicas sino como el arte de habitar una escena conversacional. Desde una perspectiva situada, ética y reflexiva, se plantea que toda intervención produce efectos que deben observarse más allá de su corrección técnica, y se introduce el discernimiento profesional como competencia central: distinguir posiciones de intereses, lo que pertenece al conflicto de lo que pertenece a la propia interpretación, y cuándo intervenir de cuándo sostener el silencio. Se aborda también la construcción del ser mediador como proceso transdisciplinar y permanente, la necesaria distinción entre ámbito de ejercicio e identidad profesional, y el riesgo de la «arrogancia ontológica» cuando la experiencia se confunde con certeza. El artículo cierra proponiendo desplazar la pregunta «¿qué herramienta utilizo?» por «¿qué necesita esta conversación?», situando la ética del cuidado y la acción sin daño como horizonte de toda intervención mediadora.

Palabras clave: mediación, práctica situada, discernimiento profesional, ética del cuidado, ser mediador

Hay algo que sucede antes de la técnica.

Antes de la pregunta abierta, antes del parafraseo, antes de la reformulación, incluso antes de que podamos pensar qué herramienta sería conveniente utilizar, hay una persona mediadora entrando en una escena.

Entra con un cuerpo, con una historia, con una formación, con determinados marcos conceptuales, con experiencias previas y también con sus propias maneras de mirar, escuchar e interpretar el mundo.

Por eso, mediar no consiste solamente en conocer un procedimiento ni en disponer de un repertorio de herramientas comunicacionales. Implica aprender a habitar una escena.

Y habitarla supone algo más complejo que intervenir en ella. Supone reconocer que, desde el momento en que ingresamos, formamos parte del sistema conversacional que allí se configura. Nuestro tono de voz, los silencios que sostenemos, las preguntas que formulamos, las que decidimos no formular, la manera de administrar los tiempos, nuestra corporalidad, nuestra mirada, la disposición espacial e incluso el lugar físico donde ocurre el encuentro pasan a formar parte de un ecosistema particular.

La mediación no sucede en abstracto. Sucede allí. Con esas personas. En ese momento. Dentro de determinadas coordenadas culturales, sociales, institucionales, jurídicas e idiosincráticas.

Una práctica situada

Pensar la mediación como práctica situada implica abandonar la idea de que una misma intervención produce necesariamente el mismo efecto en contextos diferentes.

Una pregunta técnicamente correcta puede abrir posibilidades en una conversación y cerrarlas en otra. Un silencio puede habilitar reflexión, pero también puede ser vivido como abandono, presión o indiferencia. Una reformulación puede permitir que alguien vuelva a escuchar algo que hasta ese momento no podía escuchar o, por el contrario, puede desdibujar aquello que esa persona necesitaba decir.

La intervención no puede evaluarse únicamente por su adecuación a una técnica. Necesita ser observada también por los efectos que produce en ese sistema particular. ¿Qué señales nos muestran que una intervención abrió posibilidades? ¿Qué ocurre con las miradas, con la postura corporal, con la respiración, con el tono de voz, con el ritmo de la palabra? ¿Aparecen nuevos relatos, pedidos, preguntas u opciones? ¿O, por el contrario, los cuerpos se rigidizan, la respiración se acelera, la palabra se vuelve hostil y las posiciones se endurecen?

No se trata de diagnosticar emociones a partir de signos externos. No vemos emociones: vemos señales y construimos hipótesis.

Y esa distinción resulta central para una práctica que pretende ser cuidadosa.

Observar no es adivinar. Interpretar no es saber. Una hipótesis de intervención sigue siendo una hipótesis.

Discernir antes de intervenir

Aquí aparece una competencia que considero particularmente relevante para el ejercicio de la mediación: discernir.

Discernir no significa disentir. Tampoco significa decidir por las partes. Significa poder distinguir.

Distinguir qué pertenece al conflicto y qué pertenece a nuestra propia interpretación. Distinguir posiciones, intereses, necesidades y deseos. Distinguir aquello que requiere una intervención de aquello que quizás necesita simplemente tiempo. Distinguir cuándo una pregunta abre y cuándo invade.

Cuándo acompañar. Cuándo detener. Cuándo reformular. Cuándo guardar silencio.

Y también cuándo aquello que está ocurriendo excede las condiciones necesarias para continuar sosteniendo un proceso de mediación.

El discernimiento profesional requiere conocimiento, pero también presencia.

La construcción del ser mediador

El ser mediador no se construye únicamente en una formación inicial ni queda definitivamente configurado con una matrícula, una certificación o una habilitación profesional.

Se construye en la práctica. En la supervisión. En el estudio. En las conversaciones con otros profesionales. En cada mediación que nos obliga a revisar algo que creíamos saber. Y también se construye en los diferentes ámbitos en los que la mediación se despliega: comunitario, educativo,



familiar, institucional, prejudicial, entre otros. Cada uno aporta preguntas, límites, saberes y sensibilidades diferentes.

Por eso resulta importante no confundir ámbito de ejercicio con identidad profesional. Quien ejerce la mediación prejudicial se encuentra inserto en un dispositivo normativamente regulado y debe conocer las reglas que organizan ese procedimiento. Pero eso no convierte a la persona mediadora en asesora jurídica de las partes.

En mi propio ejercicio profesional, ser abogada y ser mediadora prejudicial forman parte de mi trayectoria, pero no son funciones intercambiables. Cuando medio, no asesoro jurídicamente a las partes. Sin embargo, tampoco puedo despojarme artificialmente de los conocimientos que integran mi formación profesional.

Existen conocimientos que no están al servicio de indicar a las partes qué deben hacer, sino de orientar responsablemente mi propia intervención profesional. El interés superior de niños, niñas y adolescentes, por ejemplo, constituye un parámetro objetivo que no puedo desconocer cuando el conflicto involucra sus derechos. Del mismo modo, determinadas señales vinculadas con situaciones de violencia pueden exigir evaluar las condiciones de mediabilidad o incluso activar los mecanismos previstos por el ordenamiento cuando corresponda.

La confidencialidad es uno de los pilares del proceso, pero tampoco puede pensarse aisladamente de los deberes profesionales y de las excepciones que el propio sistema jurídico contempla. Esto no significa abandonar la imparcialidad ni ocupar el lugar de quien asesora. Significa comprender que ser mediador tampoco equivale a ser neutral frente a la vulneración de derechos.

Cada ámbito presenta sus propios bordes. La mediación comunitaria, educativa, institucional o familiar también exige reconocer el contexto, las asimetrías, las vulnerabilidades, las reglas del dispositivo y las condiciones necesarias para que la conversación pueda desarrollarse sin producir nuevos daños. Por eso la construcción del ser mediador es necesariamente transdisciplinar: no porque debamos convertirnos en especialistas en todas las disciplinas, sino porque ninguna disciplina, por sí sola, alcanza para comprender la complejidad de las conversaciones humanas.

El dispositivo y el ecosistema conversacional

El procedimiento ordena etapas; el dispositivo produce condiciones. La mediación no se reduce a una secuencia de apertura, relato, exploración, generación de opciones y eventual acuerdo. Es una configuración relacional compuesta por normas, sujetos, saberes, roles, tiempos, espacialidad, tecnología, discursos, relaciones de poder e intervenciones. Cada uno de estos elementos habilita ciertas formas de participación y restringe otras.

La persona mediadora tampoco observa desde afuera. Su tono, sus silencios, sus preguntas, los tiempos que habilita, la ubicación física, la secuencia de los movimientos y la forma en que administra los encuentros conjuntos y privados pasan a integrar el sistema. Por ello, la neutralidad no puede significar ausencia de influencia. El desafío consiste en reconocer esa influencia, no apropiarse del conflicto y revisar de manera permanente qué efectos produce.

También el espacio comunica. La disposición de las sillas, la iluminación, la ventilación, la temperatura, los ruidos, una pantalla, la distancia, la posibilidad de moverse, el ofrecimiento de agua o una pausa modifican la experiencia. Un entorno natural, un sonido tenue o una configuración que invita a

permanecer pueden ofrecer hospitalidad, pero no garantizan calma ni producen efectos universales. El mismo elemento puede ser reparador, indiferente o invasivo según la persona y el contexto.

Diseñar un ecosistema cuidadoso no es decidir cómo debería sentirse el otro. Es ofrecer condiciones, observar sus efectos y permanecer disponible para modificarlas.

La trampa de la arrogancia ontológica

Uno de los mayores riesgos aparece cuando confundimos experiencia con certeza.

Después de muchos años de práctica podemos comenzar a reconocer escenas conocidas. «Esto ya lo vi.» «Sé lo que está pasando.» «Ya sé hacia dónde va esta mediación.» Y justamente allí puede aparecer una de las trampas más difíciles de advertir: la arrogancia ontológica. La convicción de que nuestra interpretación describe lo que las cosas son y no simplemente una manera posible de observarlas.

Cuando dejamos de preguntarnos, dejamos también de aprender. Y cuando dejamos de aprender, aumenta el riesgo de intervenir sobre el conflicto que nosotros construimos y no sobre aquel que las personas trajeron.

Declararnos aprendices no significa desconocer nuestra experiencia profesional. Significa ponerla en un lugar diferente. La experiencia ofrece distinciones. No certezas. Nos permite formular mejores hipótesis, pero no apropiarnos de la historia del otro.

La necesidad de control puede convertirse entonces en uno de los enemigos más silenciosos de la mediación. Porque quien necesita conducir necesariamente hacia un determinado resultado corre el riesgo de dejar de acompañar.

La persona mediadora no es autora del acuerdo. Tampoco es propietaria del proceso. Está allí para poner sus competencias al servicio de quienes necesitan conversar.

De la herramienta a la lectura de la escena

Tal vez por eso resulte necesario desplazar una pregunta habitual. En lugar de preguntarnos solamente: ¿qué herramienta utilizo ahora?, podríamos preguntarnos: ¿qué está necesitando esta conversación en este momento?

La diferencia parece pequeña, pero modifica profundamente la intervención. La primera pregunta coloca la atención en nuestro repertorio profesional. La segunda vuelve a colocarla en la escena. Y desde allí las herramientas recuperan su verdadero sentido: una pregunta abierta, una reformulación, un resumen, un silencio, un caucus, una pregunta circular o una intervención narrativa no son buenas ni malas en sí mismas. Su pertinencia depende de para qué, cuándo, cómo y con quién sean utilizadas.

Preguntar también por el proceso

Hay preguntas que permiten recuperar algo que con frecuencia queda desplazado por la urgencia de alcanzar un acuerdo: ¿con qué expectativas llegaron a este proceso de mediación? ¿Qué expectativas tienen ahora? ¿Consideran que algo de lo conversado modificó la manera en que estaban mirando la situación? ¿Hay algo que necesiten pensar antes de continuar? ¿Las opciones que estamos construyendo podrían sostenerse fuera de esta sala?

Estas preguntas no buscan evaluar a las partes. Permiten observar junto con ellas el propio proceso. Porque un acuerdo posible no necesariamente es un acuerdo sustentable. Y una mediación sin acuerdo tampoco necesariamente es una mediación fracasada. A veces el movimiento producido consiste en



poder formular por primera vez un pedido, en escuchar algo que hasta entonces no había podido escucharse, en comprender dónde está el verdadero desacuerdo, en reconocer un límite, o incluso en advertir que ese conflicto necesita otro dispositivo.

Ética del cuidado y acción sin daño

Habitar la escena supone finalmente asumir una responsabilidad. No la responsabilidad por el resultado que las partes alcancen, sino por la calidad de nuestra presencia y de nuestras intervenciones.

Desde una ética del cuidado y una perspectiva de acción sin daño, cada intervención merece una pregunta adicional: ¿esto que estoy haciendo amplía posibilidades o puede generar un daño que no estoy viendo? No existe intervención inocua. Preguntar produce efectos. Callar produce efectos. Interrumpir produce efectos. Esperar también.

La responsabilidad profesional no consiste en garantizar que nunca nos equivocaremos. Consiste en conservar la capacidad de observar lo que nuestra intervención produce y estar disponibles para corregir el rumbo. Tal vez allí radique una de las competencias más profundas de quien media: poder intervenir sin apropiarse; acompañar sin conducir la vida del otro; sostener sin controlar.

A modo de cierre

El arte de habitar la escena no consiste en encontrar la intervención perfecta. Consiste en desarrollar una presencia capaz de leer el contexto, formular hipótesis, intervenir, observar efectos y volver a elegir. Una y otra vez.

Ser mediador no es solamente saber qué hacer. Es también poder preguntarnos desde dónde estamos haciendo lo que hacemos. Es reconocer que somos parte de la escena sin convertirnos en protagonistas de ella. Es conocer nuestros marcos y, al mismo tiempo, estar dispuestos a revisarlos. Es poder sostener la incertidumbre sin llenarla rápidamente con nuestras respuestas.

Quizás por eso la formación más profunda de una persona mediadora nunca termina. Porque cada encuentro vuelve a colocarnos frente a una escena que, aunque se parezca a otras, nunca es exactamente la misma. Y entonces vuelve a aparecer la pregunta: ¿qué requiere de mí esta escena para que quienes la habitan puedan volver a conversar?

Tal vez allí, precisamente allí, comience el arte de mediar.